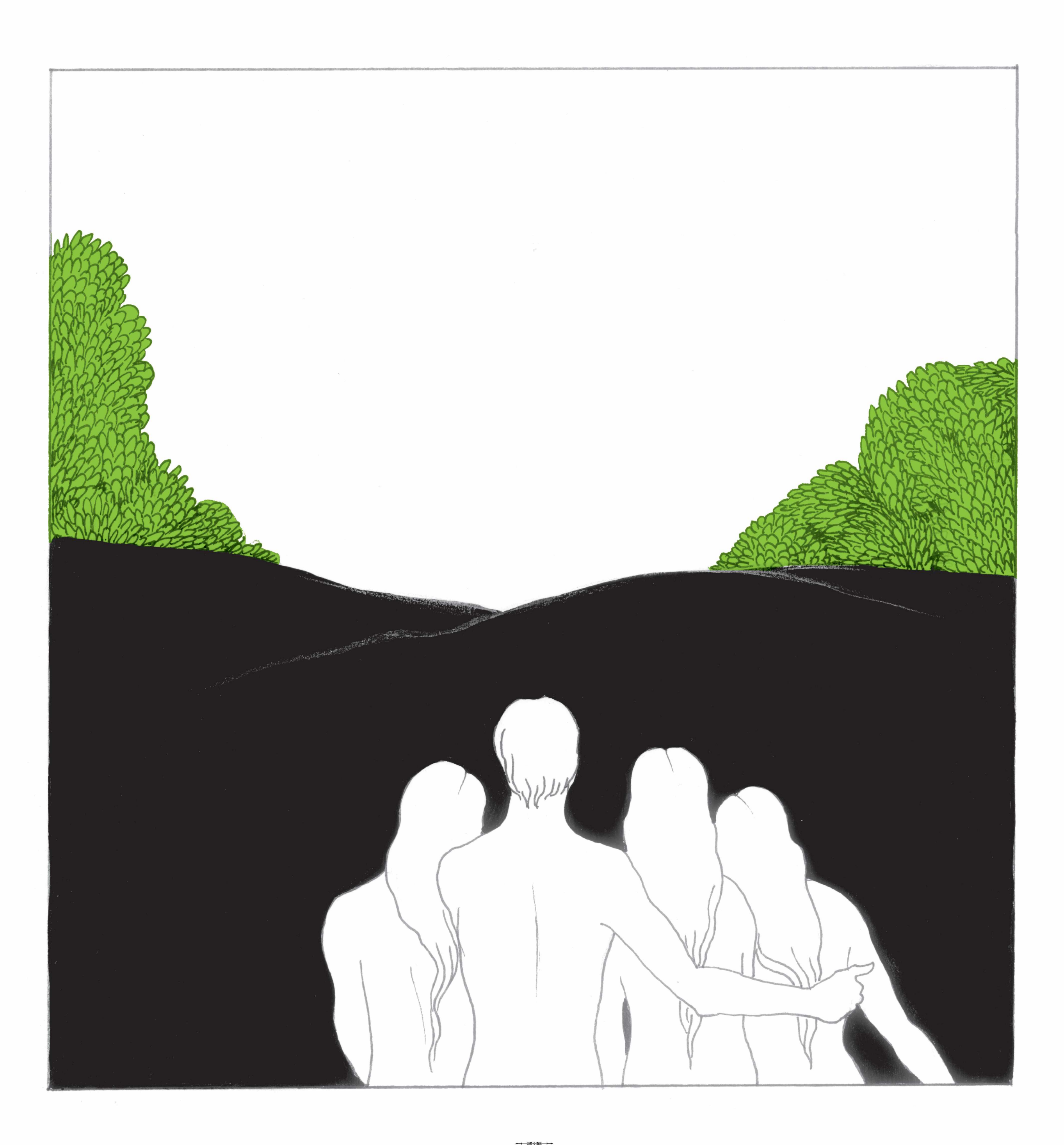


Comienza la segunda jornada del Decamerón, en la que, bajo el gobierno de Filomena, se razona sobre quienes, perseguidos por diversas contrariedades, han llegado, contra toda esperanza, a buen fin.



Ya había el sol llevado a todas partes el nuevo día y los pájaros daban de ello testimonio a los oídos cantando placenteros versos sobre las verdes ramas, cuando todas las jóvenes y los tres jóvenes, habiéndose levantado, se entraron por los jardines y, caminando lentamente sobre las hierbas húmedas de rocío, haciéndose bellas guirnaldas acá y allá, recreándose durante largo rato, así estuvieron. Y tal como habían hecho el día anterior hicieron el presente: habiendo comido con la fresca, luego de haber bailado alguna danza se fueron a descansar y, levantándose de la siesta después, con complacencia de la reina, venidos al fresco pradecillo, se sentaron en torno de ella. Y ella, que era hermosa y de muy amable aspecto, coronada con su guirnalda de laurel, después de estar callada un poco y de mirar a la cara a toda su compañía, ordenó a Neifile que comenzara con su historia a lo que ella, sin poner ninguna excusa, así, alegre, empezó a hablar:

NOVELA PRIMERA

El falso tullido

Martellino, fingiéndose tullido, simula curarse sobre la tumba de San Arrigo y luego, cuando se conoce su engaño, es apaleado; después de ser apresado y estar a punto de ser colgado, logra escaparse.

Muchas veces sucede, carísimas señoras, que aquel que se ingenia en burlarse de otro, y máximamente de las cosas que deben reverenciarse, se ha encontrado sólo con las burlas y a veces con daño de sí mismo; por lo que, para obedecer el mandato de la reina y dar principio con una historia mía al asunto propuesto, entiendo contaros lo que, primero desdichadamente y después (fuera de toda su esperanza) muy felizmente, sucedió a un conciudadano nuestro.

Había, no hace todavía mucho tiempo, un tudesco en Treviso llamado Arrigo que, siendo hombre pobre, servía como porteador a sueldo a quien se lo solicitaba y, a pesar de ello, era tenido por todos como hombre de santísima y buena vida. Por lo cual, fuese verdad o no, sucedió al morir él, según afirman los trevisanos, que a la hora de su muerte, todas las campanas de la iglesia mayor de Treviso empezaron a sonar sin que nadie las tocase. Lo que, tenido por milagro, todos decían que este Arrigo era santo; y corriendo toda la gente de la ciudad a la casa en que yacía su cuerpo, lo llevaron a guisa de cuerpo santo a la iglesia mayor, llevando allí cojos, tullidos y ciegos y demás impedidos de cualquiera enfermedad o defecto, como si todos debieran sanar al tocar aquel cuerpo. En tanto tumulto y movimiento de gente sucedió que a Treviso llegaron tres de nuestros conciudadanos: Stecchi, Martellino y Marchese, hombres que, yendo por las cortes de los señores, divertían a la concurrencia distorsionándose y remedando a cualquiera con muecas extrañas. Los cuales, no habiendo estado nunca allí, se maravillaron de ver correr a todos y, oído el motivo de aquello, sintieron deseos de ir a ver y, dejadas sus cosas en un albergue, dijo Marchese: –Queremos ir a ver este santo, pero en cuanto a mí, no veo cómo podamos llegar hasta él, porque he oído que la plaza está llena de tudescos y de otra gente armada que el señor de esta tierra, para que no haya alboroto, hace estar allí, y además de esto, la iglesia, por lo que se dice, está tan llena de gente que nadie más puede entrar.

Martellino, entonces, que deseaba ver aquello, dijo: –Que no se quede por eso, que de llegar hasta el cuerpo santo yo encontraré bien el modo.

Dijo Marchese: –¿Cómo?

Respondió Martellino: –Te lo diré: yo me contorsionaré como un tullido y tú por un lado y Stecchi por el otro, como si no pudiese caminar, me vendréis sosteniendo, haciendo como que me queréis llevar allí para que el santo me cure: no habrá nadie que, al vernos, no nos haga sitio y nos deje pasar.

A Marchese y a Stecchi les gustó el truco y, sin tardanza, saliendo del albergue, llegados los tres a un lugar solitario, Martellino se retorció las manos de tal manera, los dedos y los brazos y las piernas, y además de ello la boca y los ojos y todo el rostro, que era cosa horrible de ver; no habría habido nadie que lo hubiese visto que no hubiese pensado que estaba paralítico y tullido. Y sujetado de esta manera, entre Marchese y Stecchi, se enderezaron hacia la iglesia, con aspecto lleno de piedad, pidiendo humildemente y por amor de Dios a todos los que estaban delante de ellos que les hiciesen sitio, lo que fácilmente obtenían; y en breve, respetados por todos y todo el mundo gritando: "¡Haced sitio, haced sitio!", llegaron allí donde estaba el cuerpo de San Arrigo y, por algunos gentileshombres que estaban a su alrededor, fue Martellino prestamente alzado y puesto sobre el cuerpo para que mediante aquello pudiera alcanzar la gracia de la salud.

Martellino, como toda la gente estaba mirando lo que pasaba con él, comenzó, como quien lo sabía hacer muy bien, a fingir que uno de sus dedos se estiraba, y luego la mano, y luego el brazo, y así todo entero llegar a estirarse. Lo que, viéndolo la

gente, tan gran ruido en alabanza de San Arrigo hacían que un trueno no habría podido oírse. Había por acaso un florentino cerca que conocía muy bien a Martellino, pero que por estar así contorsionado cuando fue llevado allí no lo había reconocido. El cual, viéndolo enderezado, lo reconoció y súbitamente empezó a reírse y a decir:
–¡Señor, haz que le duela! ¿Quién no hubiera creído al verlo venir que de verdad fuese un lisiado?
Oyeron estas palabras unos trevisanos que, incontinenti, le preguntaron:
–¡Cómo! ¿No era éste tullido?
A lo que el florentino repuso:
–¡No lo quiera Dios! Siempre ha sido tan derecho como nosotros, pero sabe mejor que nadie, como habéis podido ver, hacer estas burlas de contorsionarse en las posturas que quiere.
Como hubieron oído esto, no necesitaron otra cosa: por la fuerza se abrieron paso y empezaron a gritar:
–¡Poned preso a ese traidor que se burla de Dios y de los santos, que no siendo tullido ha venido aquí para escarnecer a nuestro santo y a nosotros haciéndose el tullido!
Y, diciendo esto, le pusieron las manos encima y lo hicieron bajar de donde estaba, y empezaron a darle puñetazos y puntapiés, y no se consideraba hombre quien no corría a hacer lo mismo. Martellino gritaba:
–¡Piedad, por Dios!
Y se defendía cuanto podía, pero no le servía de nada: las patadas que le daban se multiplicaban a cada momento. Viendo lo cual, Stecchi y Marchese empezaron a decirse que la cosa se ponía mal; y temiendo por sí mismos, no se atrevían a ayudarlo, gritando junto con los otros que le matasen, aunque pensando sin embargo cómo podrían arrancarlo de manos del pueblo. Que le hubiera matado con toda certeza si no hubiera habido un expediente que Marchese tomó súbitamente: que, estando allí fuera toda la guardia de la señoría, Marchese, lo antes que pudo se fue al que estaba en representación del corregidor y le dijo: –¡Piedad, por Dios! Hay aquí algún malvado que me ha quitado la bolsa con sus buenos cien florines de oro; os ruego que lo prendáis para que pueda recuperar lo mío.
Súbitamente, al oír esto, una docena de soldados corrieron a donde el mísero Martellino era trasquilado sin tijeras y, abriéndose paso entre la muchedumbre con las mayores fatigas del mundo, todo apaleado y todo roto se lo quitaron de entre las manos y lo llevaron al palacio del corregidor, adonde, siguiéndole muchos que se sentían escarnecidos por él, y habiendo oído que había sido preso por descuidero, no pareciéndoles hallar más justo título para traerle desgracia, empezaron a decir todos que les había dado el tirón también a sus bolsas.
Oyendo todo lo cual, el juez del corregidor, que era

un hombre rudo, llevándoselo prestamente aparte le empezó a interrogar.
Pero Martellino contestaba bromeando, como si nada fuese aquella prisión; por lo que el juez, alterado, haciéndolo atar con la cuerda le hizo dar unos buenos saltos, con ánimo de hacerle confesar lo que decían para después ahorcarlo. Pero luego que se vio con los pies en el suelo, preguntándole el juez si era verdad lo que contra él decían, no valiéndole decir no, dijo: –Señor mío, estoy presto a confesaros la verdad, pero haced que cada uno de los que me acusan diga dónde y cuándo les he quitado la bolsa, y os diré lo que yo he hecho y lo que no.
Dijo el juez: –Que me place.
Y haciendo llamar a unos cuantos, uno decía que se la había quitado hace ocho días, el otro que seis, el otro que cuatro, y algunos decían que aquel mismo día. Oyendo lo cual, Martellino dijo: –Señor mío, todos estos mienten con toda su boca: y de que yo digo la verdad os puedo dar esta prueba, que nunca había estado en esta ciudad y que no estoy en ella sino desde hace poco; y al llegar, por mi desventura, fui a ver a este cuerpo santo, donde me han trasquilado todo cuanto veis; y que esto que digo es cierto os lo puede aclarar el oficial del señor que registró mi entrada, y su libro y también mi posadero. Por lo que, si halláis cierto lo que os digo, no queráis a ejemplo de esos hombres malvados destrozarme y matarme.
Mientras las cosas estaban en estos términos, Marchese y Stecchi, que habían oído que el juez del corregidor procedía contra él sañudamente, y que ya le había dado tortura, temieron mucho, diciéndose: –Mal nos hemos industriado; le hemos sacado de la sartén para echarlo en el fuego.
Por lo que, moviéndose con toda presteza, buscando a su posadero, le contaron todo lo que les había sucedido; de lo que, riéndose éste, les llevó a ver a un Sandro Agolanti que vivía en Treviso y tenía gran influencia con el señor, y contándole todo por su orden, le rogó que con ellos interviniera en las hazañas de Martellino, y así se hizo. Y los que fueron a buscarlo le encontraron todavía en camisa delante del juez y todo desmayado y muy temeroso porque el juez no quería oír nada en su descargo, sino que, como por acaso tuviese algún odio contra los florentinos, estaba completamente dispuesto a hacerlo ahorcar y en ninguna guisa quería devolverlo al señor, hasta que fue obligado a hacerlo contra su voluntad. Y cuando estuvo ante él, y le hubo dicho todas las cosas por su orden, pidió que como suma gracia le dejase irse porque, hasta que en Florencia no estuviese, siempre le parecería tener la soga al cuello. El señor rió grandemente de semejante aventura y, dándoles un traje por hombre, sobrepasando la esperanza que los tres tenían de salir con bien de tal peligro, sanos y salvos se volvieron a su casa. ♣



NOVELA SEGUNDA

La oración de San Julián

Rinaldo de Asti, robado, va a parar a Castel Guiglielmo y es albergado por una señora viuda, y, desagraviado de sus males, sano y salvo vuelve a su casa.

De las desventuras de Martellino contadas por Neifile rieron las damas desmedidamente, y sobre todo entre los jóvenes Filostrato, a quien, como estaba sentado junto a Neifile, mandó la reina que la siguiese en el novelar; y sin esperar, comenzó:

Bellas señoras, me siento inclinado a contaros una historia sobre cosas católicas entremezcladas con calamidades y con amores, la cual será por ventura útil haberla oído, especialmente a quienes por los peligrosos caminos del amor son caminantes.

Había, pues, en tiempos del marqués Azzo de Ferrara un mercader llamado Rinaldo de Asti que, por sus negocios, había ido a Bolonia; a los que habiendo provisto y volviendo a casa, le sucedió que, habiendo salido de Ferrara y caminando hacia Verona, se topó con unos que parecían mercaderes y eran unos malhechores y hombres de mala vida y condición y, discurriendo con ellos, siguió incautamente en su compañía.

Éstos, viéndole mercader y juzgando que debía llevar dineros, deliberaron entre sí que a la primera ocasión le robarían, y por ello, para que no sintiera ninguna sospecha, como hombres humildes y de buena condición, sólo de cosas honradas y de lealtad iban hablando con él, haciéndose todo lo que podían y sabían humildes y benignos a sus ojos, por lo que él reputaba por gran ventura haberlos encontrado ya que iba solo con su criado y su caballo. Y así caminando, de una cosa en otra, como suele pasar en las conversaciones, llegaron a discurrir sobre las oraciones que los hombres dirigen a Dios. Y uno de los malhechores, que eran tres, dijo a Rinaldo: –Y vos, gentilhombre, ¿qué oración acostumbráis a rezar cuando vais de camino?

A lo que Rinaldo repuso:

–En verdad yo soy hombre asaz ignorante y rústico, y pocas oraciones tengo a mano como que vivo a la antigua y cuento dos sueldos por veinticuatro dineros, pero no por ello he dejado de tener por costumbre al ir de camino rezar por la mañana, cuando salgo del albergue, un padrenuestro y un avemaría por el alma del padre y de la madre de San Julián, después de lo que pido a Dios y a él que la noche siguiente me deparen buen albergue. Y ya muchas veces me he visto, yendo de camino, en grandes peligros, y escapando a todos los cuales, he estado la noche siguiente en un buen lugar y bien albergado; por lo que tengo firme fe en que San Julián, en cuyo honor lo digo, me haya conseguido de Dios esta gracia; no me parece que podría andar bien el día, ni llegar bien la noche siguiente, si no lo hubiese rezado por la mañana.

A lo cual, el que le había preguntado dijo:

–Y hoy de mañana, ¿lo habéis dicho?

A lo que Rinaldo respondió:

–Ciertamente.

Entonces aquél, que ya sabía lo que iba a sucederle, dijo para sí "Falta te hará, porque, si no fallamos, vas a albergarte mal según me parece". Y luego le dijo:

–Yo también he viajado mucho y nunca lo he rezado, aunque lo haya oído a muchos recomendar, y nunca me ha sucedido que por ello dejase de albergarme bien; y esta noche por ventura podréis ver quién se albergará mejor, o vos que lo habéis dicho o yo que no lo he dicho. Bien es verdad que yo en su lugar digo el Dirupisti o la Intemerata o el De Profundis que son, según una abuela mía solía decirme, de grandísima virtud.

Y hablando así de varias cosas y continuando su camino, y esperando lugar y ocasión para su mal propósito, sucedió que, siendo ya tarde, del otro lado de Castel Guiglielmo, al vadear un río aquellos tres, viendo la hora tardía y el lugar solitario y oculto, lo asaltaron y lo robaron, y dejándolo a pie y en camisa, yéndose, le dijeron:

-Anda y mira a ver si tu San Julián te da esta noche buen albergue, que el nuestro bien nos lo dará.

Y, vadeando el río, se fueron. El criado de Rinaldo, viendo que lo asaltaban, como vil, no hizo nada por ayudarle, sino que dando la vuelta al caballo sobre el que estaba, no se detuvo hasta estar en Castel Guiglielmo, y entrando allí, siendo ya tarde, sin ninguna dificultad encontró albergue. Rinaldo, que se había quedado en camisa y descalzo, siendo grande el frío y nevando todavía mucho, no sabiendo qué hacerse, viendo llegada ya la noche, temblando y castañeteándole los dientes, empezó a mirar alrededor en busca de algún refugio donde pudiese estar durante la noche sin morirse de frío; pero no viendo ninguno porque no hacía mucho que había habido guerra en aquella comarca y todo había ardido, empujado por el frío, se enderezó, trotando, hacia Castel Guiglielmo, no sabiendo sin embargo que su criado hubiese huido allí o a ningún otro sitio, y pensando que si pudiera entrar allí, algún socorro le mandaría Dios.

Pero la noche cerrada lo sorprendió cerca de una milla alejado del burgo, por lo que llegó allí tan tarde que, estando las puertas cerradas y los puentes levantados, no pudo entrar dentro. Por lo cual, llorando doliente y desconsoladamente, miraba alrededor dónde podría ponerse que al menos no le nevase encima; y por azar vio una casa sobre las murallas del burgo algo saliente hacia afuera, bajo cuyo saledizo pensó quedarse hasta que fuese de día; y yéndose allí y habiendo encontrado una puerta bajo aquel saledizo, como estaba cerrada, reuniendo a su pie alguna paja que por allí cerca había, triste y doliente se quedó, muchas veces quejándose a San Julián, diciéndole que no era digno de la fe que había puesto en él. Pero San Julián, que le quería bien, sin mucha tardanza le deparó un buen albergue. Había en este burgo una señora viuda, bellísima de cuerpo como la que más, a quien el marqués Azzo amaba tanto como a su vida y aquí a su disposición la hacía estar. Y vivía la dicha señora en aquella casa bajo cuyo saledizo Rinaldo se habla ido a refugiar. Y el día anterior por acaso había el marqués venido aquí para yacer por la noche con ella, y en su casa misma secretamente había mandado prepararle un baño y suntuosamente una cena.

Y estando todo presto, y nada sino la llegada del marqués esperando ella, sucedió que un criado llegó a la puerta que traía nuevas al marqués por las cuales tuvo que ponerse en camino súbitamente; por lo cual, mandando decir a la señora que no lo esperase, se marchó prestamente. Con lo que la mujer, un tanto desconsolada, no sabiendo qué hacer, deliberó meterse en el baño preparado para el marqués y después cenar e irse a la cama; y así, se metió en el baño. Estaba este baño cerca de la puerta donde el pobre Rinaldo estaba acostado fuera de la ciudad; por lo que, estando la señora en el baño, sintió el llanto y la tiritona de Rinaldo, que parecía haberse convertido en cigüeña. Y llamando a su criada, le dijo: –Vete abajo y mira fuera de los muros al pie de esa puerta quién hay allí, y quién es y lo que hace.

La criada fue y, ayudándola la claridad del aire, vio al que en camisa y descalzo estaba allí, como se ha dicho, y todo tiritando; por lo que le preguntó quién era. Y Rinaldo, temblando tanto que apenas podía articular palabra, quién fuese y cómo y por qué estaba allí, lo más breve que pudo le dijo y luego lastímeramente comenzó a rogarle que, si fuese posible, no lo dejase allí morirse de frío durante la noche. La criada, sintiéndose compadecida, volvió a la señora y todo le dijo; y ella, también sintiendo piedad, se acordó que tenía la llave de aquella puerta, que algunas veces servía a las ocultas entradas del marqués, y dijo: –Ve y ábrele sin hacer ruido; aquí está esta cena que no habría quien la comiese, y para poderlo albergar hay de sobra.

La criada, habiendo alabado mucho la humanidad de la señora, fue y le abrió; y habiéndolo hecho entrar, viéndolo casi yerto, le dijo la señora:

–Pronto, buen hombre, entra en aquel baño, que todavía está caliente.

Y él, sin esperar más invitaciones, lo hizo de buena gana, y todo reconfortado con aquel calor, de la muerte a la vida le pareció haber vuelto. La señora le hizo preparar ropas que habían sido de su marido, muerto poco tiempo antes, y cuando las hubo vestido parecían hechas a su medida; y esperando qué le mandaba la señora, empezó a dar gracias a Dios y a San Julián que de una noche tan mala como la que le esperaba le habían librado y a buen albergue, por lo que parecía, conducido. Después de esto, la señora, algo descansada, habiendo ordenado hacer un grandísimo fuego en la chimenea de uno de sus salones, se vino allí y preguntó qué era de aquel buen hombre. A lo que la criada respondió: –Señora mía, se ha vestido y es un buen mozo y parece persona de bien y de buenas maneras.

–Ve, entonces –dijo la señora–, y llámalo, y dile que se venga aquí al fuego, y así cenará, que sé que no ha cenado.

Rinaldo, entrando en el salón y viendo a la señora y pareciéndole principal, la saludó reverentemente y las mayores gracias que supo le dio por el beneficio que

le había hecho. La señora lo vio y lo escuchó, y pareciéndole lo que la criada le había dicho, lo recibió alegremente y con ella familiarmente le hizo sentarse al fuego y le preguntó sobre la desventura que le había conducido allí, y Rinaldo le narró todas las cosas por su orden. Había la señora, por la llegada del criado de Rinaldo al castillo, oído algo de ello por lo que enteramente creyó en lo que él le contaba, y también le dijo lo que de su criado sabía y cómo fácilmente podría encontrarlo a la mañana siguiente. Pero luego que la mesa fue puesta como la señora quiso, Rinaldo con ella, lavadas las manos, se puso a cenar. Él era alto de estatura, y hermoso y agradable de rostro y de maneras asaz loables y graciosas, y joven de mediana edad; y la señora, habiéndole ya muchas veces puesto los ojos encima y apreciándolo mucho, y ya, por el marqués que con ella debía venir a acostarse teniendo el apetito concupiscente despierto en la mente, después de la cena, levantándose de la mesa, con su criada se aconsejó si le parecía bien que ella, puesto que el marqués la había burlado, usase de aquel bien que la fortuna le había enviado. La criada, conociendo el deseo de su señora, cuanto supo y pudo la animó a seguirlo; por lo que la señora, volviendo al fuego donde había dejado solo a Rinaldo, empezando a mirarlo amorosamente, le dijo: –¡Ah, Rinaldo!, ¿por qué estáis tan pensativo? ¿No creéis poder resarciros de un caballo y de unos cuantos paños que habéis perdido? Confortaos, poneos alegre, estáis en vuestra casa; y más quiero deciros: que, viéndoos con esas ropas encima, que fueron de mi difunto marido, pareciéndome vos él mismo, me han venido esta noche más de cien veces deseos de abrazaros y de besaros, y si no hubiera temido desagradaros por cierto que lo habría hecho.
Rinaldo, oyendo estas palabras y viendo el relampaguear de los ojos de la mujer, como quien no era un mentecato, se fue a su encuentro con los brazos abiertos y dijo: –Señora mía, pensando que por vos puedo siempre decir que estoy vivo, y mirando aquello de donde me sacasteis, gran vileza sería la mía si yo todo lo que pudiera seros agradable no me ingeniase en hacer; y así, contentad vuestro deseo de abrazarme y besarme, que yo os abrazaré y os besaré más que a gusto.
Después de esto no necesitaron más palabras. La mujer, que ardía toda en amoroso deseo, prestamente se le echó en los brazos; y después que mil veces, estrechándolo deseosamente, le hubo besado y otras tantas fue besada por él, levantándose de allí se fueron a la alcoba y sin esperar, acostándose, plenamente y muchas veces, hasta que vino el día, sus deseos cumplieron. Pero luego que empezó a salir la aurora, como plugo a la señora, levantándose, para que aquello no pudiera ser sospechado por nadie, dándole algunas ropas asaz mezquinas y llenándole la bolsa de dineros, rogándole que todo aquello tuviese secreto, habiéndole enseñado primero qué camino debiese seguir para llegar dentro a buscar a su criado, por aquella portezuela por donde había entrado le hizo salir. Él, al aclararse el día, dando muestras de venir de más lejos, abiertas las puertas, entró en aquel burgo y encontró a su criado; por lo que, vistiéndose con ropas suyas que en el equipaje tenía, y pensando en montarse en el caballo del criado, casi por milagro divino sucedió que los tres malhechores que la noche anterior le habían robado, por otra maldad hecha después, apresados, fueron llevados a aquel castillo y, por su misma confesión, le fue restituido el caballo, los paños y los dineros y no perdió más que un par de ligas de las medías de las que no sabían los malhechores qué habían hecho. Por lo cual Rinaldo, dándole gracias a Dios y a San Julián, montó a caballo, y sano y salvo volvió a su casa; y a los tres malhechores, al día siguiente, los llevaron a agitar los pies en el aire. ♣

NOVELA TERCERA

El casamiento imprevisto

Tres jóvenes, malgastando sus bienes, se empobrecen; y un sobrino suyo, que al volver a casa desesperado tiene como compañero de camino a un abad, encuentra que éste es la hija del rey de Inglaterra, la cual lo toma por marido y repara los descalabros de sus tíos restituyéndoles su buena posición.

Fueron oídas con admiración las aventuras de Rinaldo de Asti por las señoras y los jóvenes y alabada su devoción, y dadas gracias a Dios y a San Julián que le habían prestado socorro en su mayor necesidad, y no fue por ello (aunque esto se dijese medio a escondidas) reputada por necia la señora que había sabido coger el bien que Dios le había mandado a casa. Y mientras que sobre la buena noche que aquél había pasado se razonaba entre sonrisas maliciosas, Pampínea, que se veía al lado de Filostrato, apercibiéndose, así como sucedió, que a ella le tocaba la vez, recogiéndose en sí misma, empezó a pensar en lo que debía contar; y luego del mandato de la reina, no menos atrevida que alegre empezó a hablar así:

–Valerosas señoras, cuanto más se habla de los hechos de la fortuna, tanto más, a quien quiere bien mirar sus casos, queda por contar; y de ello nadie debe maravillarse si discretamente piensa que todas las cosas que nosotros neciamente nuestras llamamos están en sus manos y por consiguiente, por ella, según su oculto juicio, sin ninguna pausa, de uno en otro y de otro en uno sucesivamente sin ningún orden conocido por nosotros son cambiadas. Lo que, aunque con plena fidelidad, en todas las cosas y todo el día se muestre, y además haya sido antes mostrado en algunas historias, no dejaré (ya que place a nuestra reina que de ello se hable), tal vez no sin utilidad de los oyentes, de añadir a las contadas una historia más, que pienso que deberá agradaros.

Hubo en nuestra ciudad un caballero cuyo nombre era micer Tebaldo, el cual, según quieren algunos, fue de los Lamberti y otros afirman haber sido de los Agolanti, fundándose tal vez, más que en otra cosa, en el oficio que sus hijos después de él han hecho, conforme al que siempre los Agolanti han hecho y hacen. Pero dejando a un lado a cuál de las dos casas perteneciese, digo que fue éste en sus tiempos riquísimo caballero y tuvo tres hijos, el primero de los cuales tuvo por nombre Lamberto, el segundo Tebaldo y el tercero Agolante, ya hermosos y corteses jóvenes, aunque el mayor no llegase a dieciocho años, cuando este riquísimo micer Tebaldo vino a morir, y a ellos, como a sus herederos legítimos, todos sus bienes muebles e inmuebles dejó.

Los cuales, viéndose quedar riquísimos en campesinos y en posesiones, sin ningún otro gobierno sino su propio placer, sin ningún freno ni contención empezaron a gastar teniendo numerosísimos criados y muchos y buenos caballos y perros y aves y continuamente huéspedes, dando y justando y haciendo no solamente lo que a gentileshombres corresponde, sino también aquello que en su apetito juvenil les venía en gana hacer. Y no habían llevado mucho tiempo tal vida cuando el tesoro dejado por el padre disminuyó y no bastándoles para los comenzados gastos sus rentas, comenzaron a empeñar y a vender las posesiones; y hoy una, mañana otra vendiendo, apenas se dieron cuenta cuando se vieron venidos a la nada y se abrieron a la pobreza sus ojos, que la riqueza había tenido cerrados. Por lo cual Lamberto, llamando un día a los otros dos, les dijo cuán grande había sido la honorabilidad del padre y cuánta la suya, y cuánta su riqueza y cuál la pobreza a la que por su desordenado gastar habían venido; y lo mejor que supo, antes de que más aparente fuese su miseria, les animó a vender con él mismo lo poco que les quedaba y a irse; y así lo hicieron.

Y sin despedirse ni hacer ninguna pompa, salidos de Florencia, no se detuvieron hasta que estuvieron en Inglaterra, y allí, tomando una casita en Londres, haciendo pequeñísimos gastos, duramente comenzaron a prestar a usura; y tan favorable les fue la fortuna en este lugar que en pocos años una grandísima



cantidad de dineros ganaron. Por lo cual, con ellos, sucesivamente uno u otro volviendo a Florencia, gran parte de sus posesiones volvieron a comprar y muchas otras compraron además de aquéllas, y tomaron mujer; y, para continuar prestando en Inglaterra, a atender sus negocios mandaron a un joven sobrino suyo que tenía por nombre Alessandro, y ellos tres en Florencia, habiendo olvidado a qué partido les había llevado el desmedido gasto otras veces, a pesar de que con familia todos habían venido, más que nunca excesivamente gastaban y tenían sumo crédito con todos los mercaderes y por cualquier cantidad grande de dinero.
Los cuales gastos unos cuantos años ayudó a sostener la moneda que les mandaba Alessandro, que se había puesto a prestar a barones sobre sus castillos y otras rentas suyas, los cuales con grandes rendimientos bien le respondían. Y mientras así los tres hermanos abundantemente gastaban y cuando les faltaba dinero lo tomaban en préstamo, teniendo siempre su esperanza en Inglaterra, sucedió que, contra la opinión de todos, comenzó en Inglaterra una guerra entre el rey y un hijo suyo por la cual se dividió toda la isla, y quién apoyaba a uno y quién al otro: por la cual cosa fueron todos los castillos de los barones quitados a Alessandro y no había ninguna otra renta que de algo le respondiese. Y esperándose que cualquier día entre el hijo y el padre debía hacerse la paz y por consiguiente todas las cosas restituidas a Alessandro, rendimientos y capital, Alessandro de la isla no se iba, y los tres hermanos, que en Florencia estaban, en nada sus gastos grandísimos limitaban, tomando prestado más cada día. Pero luego de que en muchos años ningún efecto se vio seguir a la esperanza tenida, los tres hermanos no sólo el crédito perdieron sino que, queriendo aquellos a quienes debían ser pagados, fueron súbitamente presos; y no bastando sus posesiones para pagar, por lo que faltaba quedaron en prisión, y de sus mujeres y los hijos pequeños quién se fue al campo y quién aquí y quién allá con bastante pobres avíos, no sabiendo ya qué debiesen esperar sino mísera vida siempre.
Alessandro, que en Inglaterra la paz muchos años esperado había, viendo que no llegaba y pareciéndole que se quedaba allí no menos con peligro de su vida que en vano, habiendo deliberado volver a Italia solo, se puso en camino. Y por acaso, al salir de Brujas, vio que salía igualmente un abad blanco acompañado de muchos monjes y con muchos criados y precedido de gran equipaje; junto al cual venían dos caballeros viejos y parientes del rey, a los cuales; como a conocidos, acercándose Alessandro, por ellos en su compañía fue de buena gana recibido. Caminando, pues, Alessandro con ellos, graciosamente les preguntó quiénes fuesen los monjes que con tanto séquito cabalgaban delante y a dónde iban. A lo que uno de los caballeros repuso:
–Este que cabalga delante es un joven pariente nuestro, recientemente elegido abad de una de las mayores abadías de Inglaterra; y porque es más joven de lo que las leyes mandan para tal dignidad, vamos nosotros con él a Roma a impetrar del santo padre que, a pesar de su tierna edad, lo dispense y luego en la dignidad lo confirme: porque esto no se puede tratar con nadie más.
Caminando, pues, el novel abad ora delante de sus criados ora junto a ellos, así como vemos que hacen todos los días por los caminos los señores, le sucedió ver a Alessandro junto a él al caminar, el cual era asaz joven, en la persona y en el rostro hermosísimo y, cuanto cualquiera podía serlo, cortés y agradable y de buenas maneras; el cual maravillosamente le gustó a primera vista más que nada le había gustado nunca, y llamándolo junto a sí, con él empezó a conversar placenteramente y a preguntarle quién era, de dónde venía y adónde iba. A lo cual Alessandro todo sobre su condición francamente dijo y satisfizo sus preguntas, y él mismo a su servicio, aunque poco pudiese, se ofreció. El abad, oyendo su conversar bello y ordenado y más detalladamente considerando sus maneras, y pensando para sí que a pesar de que su oficio había sido servil, era gentilhombre, más en su agrado se encendió; y ya lleno de compasión por sus desgracias, asaz familiarmente le confortó y le dijo que tuviera buena esperanza porque, si hombre de pro era, aún Dios le repondría en donde la fortuna le había arrojado y aún más arriba; y le rogó que, puesto que hacia Toscana iba, quisiera quedarse en su compañía, como fuese que él también allí iba.
Alessandro le dio gracias por el consuelo y le dijo que estaba pronto a todos sus mandatos. Caminando, pues, el abad, en cuyo pecho se revolvían extrañas cosas sobre el visto Alessandro, sucedió que después de algunos días llegaron a una villa que no estaba demasiado ricamente provista de albergues, y queriendo allí albergar al abad, Alessandro en casa de un posadero que le era muy conocido le hizo desmontar y le hizo preparar una alcoba en el lugar menos incómodo de la casa. Y, convertido ya casi en mayordomo del abad, como quien estaba muy avezado a ello, como mejor pudo alojando por la villa a todo el séquito, quién aquí y quién allí, habiendo ya cenado

el abad y ya siendo noche cerrada, y todos los hombres idos a dormir, Alessandro preguntó al posadero dónde podría dormir él. A lo que el posadero le respondió: –En verdad que no lo sé; ves que todo está lleno, y puedes ver a mis criados dormir en los bancos, pero en la alcoba del abad hay unos arcones a los que te puedo llevar y poner encima algún colchón y allí, si te parece bien, como mejor puedas acuéstate esta noche.

A lo que Alessandro dijo: –¿Cómo voy a ir a la alcoba del abad, que sabes que es pequeña y por su estrechez no ha podido acostarse allí ninguno de sus monjes? Si yo me hubiera dado cuenta de ello cuando se corrieron las cortinas habría hecho dormir sobre los arcones a sus monjes y yo me habría quedado donde los monjes duermen.

A lo que el posadero dijo: –Pero así está el asunto, y puedes, si quieres, estar allí lo mejor del mundo; el abad duerme y las cortinas están corridas, yo te traeré sin hacer ruido una manta, ve a dormir.

Alessandro, viendo que esto podía hacerse sin ninguna molestia para el abad, dio su acuerdo, y lo más calladamente que pudo se acomodó allí. El abad, que no dormía, sino que pensaba vehementemente en sus extraños deseos, oía lo que el posadero y Alessandro hablaban, y también había oído dónde se había acostado Alessandro; por lo que entre sí, muy contento, empezó a decir: –Dios ha mandado ocasión a mis deseos; si no la aprovecho, por acaso no volverá en mucho tiempo.

Y decidiéndose del todo a aprovecharla, pareciéndole todo reposado en el albergue, con baja voz llamó a Alessandro y le dijo que se acostase junto a él; el cual, luego de muchas negativas, desnudándose se acostó allí. El abad, poniéndole la mano en el pecho le empezó a tocar no de otra manera que suelen hacer las deseosas jóvenes a sus amantes; de lo que Alessandro se maravilló mucho, y dudó si el abad, impulsado por deshonesto amor, se movía a tocarlo de aquella manera. La cual duda, o por presumirla o por algún gesto que Alessandro hiciese, súbitamente conoció el abad, y sonrió: y prontamente quitándose una camisa que llevaba encima tomó la mano de Alessandro y se la puso sobre el pecho diciéndole:

–Alessandro, arroja fuera tus pensamientos necios, y buscando aquí, conoce lo que escondo.

Alessandro, puesta la mano sobre el pecho del abad, encontró dos teticas redondas y firmes y delicadas, no de otro modo que si hubieran sido de marfil; encontradas las cuales y conocido en seguida que éste era mujer, sin esperar otra invitación, abrazándola prontamente la quería besar, cuando ella le dijo:

–Antes de que te acerques, escucha lo que quiero decirte. Como puedes conocer, soy mujer y no hombre; y, doncella, me partí de mi casa y al papa iba a que me diera marido: o por tu ventura o por mi desdicha, al verte el otro día, así me hizo arder por ti Amor como mujer no hubo nunca que tanto amase a un hombre; y por ello he deliberado quererte por marido antes que a ningún otro. Si no me quieres por mujer, salte de aquí en seguida y vuelve a tu sitio.

Alessandro, aunque no la conocía, considerando la compañía que llevaba, estimó que debía ser noble y rica, y hermosísima la veía; por lo que, sin demasiado largo pensamiento, repuso que, si le placía aquello, a él mucho le agradaba. Ella entonces, levantándose y sentándose sobre la cama, delante de una tablilla donde estaba la efigie de Nuestro Señor, poniéndole en la mano un anillo, se hizo desposar por él y después, abrazados juntos, con gran placer de cada una de las partes, cuanto quedaba de aquella noche se solazaron.

Y conviniendo entre ellos el modo y la manera para los hechos futuros, al venir el día, Alessandro por el mismo lugar de la alcoba saliendo que había entrado, sin saber ninguno dónde hubiese dormido durante la noche, alegre sobremanera, con el abad y con su compañía se puso en camino, y luego de muchas jornadas llegaron a Roma. Y allí, después de que algunos días se hubieron quedado, el abad con los dos caballeros y con Alessandro, sin nadie más, entraron a ver al papa; y hecha la debida reverencia, así comenzó a hablar el abad:

–Santo padre, así como vos mejor que nadie debéis saber, todos los que iban y honestamente quieren vivir deben, en cuanto pueden, huir toda ocasión que a obrar de otro modo pudiese conducirles; lo cual para que yo, que honestamente vivir deseo, pudiese hacer cumplidamente, en el hábito en que me veis escapada secretamente con grandísima parte de los tesoros del rey de Inglaterra, mi padre, el cual al rey de Escocia, señor viejísimo, siendo yo joven como me veis, me quería dar por mujer, para venir aquí, a fin de que vuestra santidad me diese marido, me puse en camino. Y no me hizo tanto huir la vejez del rey de Escocia cuanto el temor de hacer, por la fragilidad de mi juventud, si con él fuese casada, algo que fuese contra las divinas leyes y contra el honor de la sangre real de mi padre. Y así dispuesta viniendo, Dios, el cual sólo óptimamente conoce lo que cada uno ha menester, creo que por su misericordia, a aquel a quien a Él placía que fuese mi marido me

puso delante de los ojos: y aquél fue este joven –y mostró a Alessandro que vos veis junto a mí, cuyas costumbres y mérito son dignos de cualquier gran señora, aunque quizá la nobleza de su sangre no sea tan clara como es la real. A él, pues, he tomado y a él quiero, y no tendré nunca a nadie más, parézcale lo que le parezca de ello a mi padre o a los demás, por lo que la principal razón que me movió ha desaparecido; pero me complació completar el camino, tanto por visitar los santos lugares y dignos de reverencia, de los cuales está llena esta ciudad, como a vuestra santidad, y también para que por vos el matrimonio contraído entre Alessandro y yo solamente en la presencia de Dios, hiciera yo público ante la vuestra y consiguientemente ante la presencia de los demás hombres. Por lo que humildemente os ruego que aquello que a Dios y a mí ha placido os sea grato y que me deis vuestra bendición, para que con ella, como con mayor certidumbre del placer de Aquel del cual sois vicario, podamos juntos, a honor de Dios y vuestro, vivir y finalmente morir.

Maravillóse Alessandro oyendo que su mujer era hija del rey de Inglaterra, y se llenó de extraordinaria alegría oculta; pero más se maravillaron los dos caballeros y tanto se enojaron que si en otra parte y no delante del papa hubieran estado, habrían a Alessandro y tal vez a la mujer hecho alguna villanía. Por otra parte, el papa se maravilló mucho tanto del hábito de la mujer como de su elección; pero sabiendo que no se podía dar vuelta atrás, quiso satisfacer su ruego y primeramente consolando a los caballeros, a quienes sabía airados, y poniéndolos en buena paz con la señora y con Alessandro, dio órdenes para hacer lo que hubiera menester. Y el día fijado por él siendo llegado, ante todos los cardenales y otros muchos grandes hombres de pro, los cuales invitados a una grandísima fiesta preparada por él habían venido, hizo venir a la señora regiamente vestida, la cual tan hermosa y atrayente parecía que merecidamente era por todos alabada, y del mismo modo Alessandro espléndidamente vestido, en apariencia y en modales nada parecía un joven que a usura hubiese prestado sino más bien de sangre real, y por los dos caballeros muy honrado; y aquí de nuevo hizo celebrar solemnemente los esponsales, y luego, hechas bien y magníficamente las bodas, con su bendición los despidió. Plugo a Alessandro, y también a la señora, al partir de Roma venir a Florencia donde ya había llegado la fama de la noticia; y allí, recibidos por los ciudadanos con sumo honor, hizo la señora liberar a los tres hermanos, habiendo hecho primero pagar a todo el mundo y devolverles sus posesiones a ellos y sus mujeres. Por lo cual, con buenos deseos de todos, Alessandro con su mujer, llevándose consigo a Agolante, se fue de Florencia y llegados a París, honorablemente fueron recibidos por el rey. De allí se fueron los dos caballeros a Inglaterra, y tanto se afanaron con el rey que les devolvió su gracia y con grandísima fiesta recibió a ella y a su yerno; al cual poco después hizo caballero y le dio el condado de Cornualles. Y él fue tan capaz, y tanto supo hacer que reconcilió al hijo con el padre, de lo que se siguió gran bien a la isla y se ganó el amor y la gracia de todos los del país y Agolante recobró todo lo que le debían enteramente, y rico sobremanera se volvió a Florencia, habiéndolo primero armado caballero el conde Alessandro. El conde, luego, con su mujer gloriosamente vivió, y según lo que algunos dicen, con su juicio y valor y la ayuda del suegro conquistó luego Escocia de la que fue coronado rey. ♣